

El sentido bíblico del templo

Dr. Yecid Triana

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

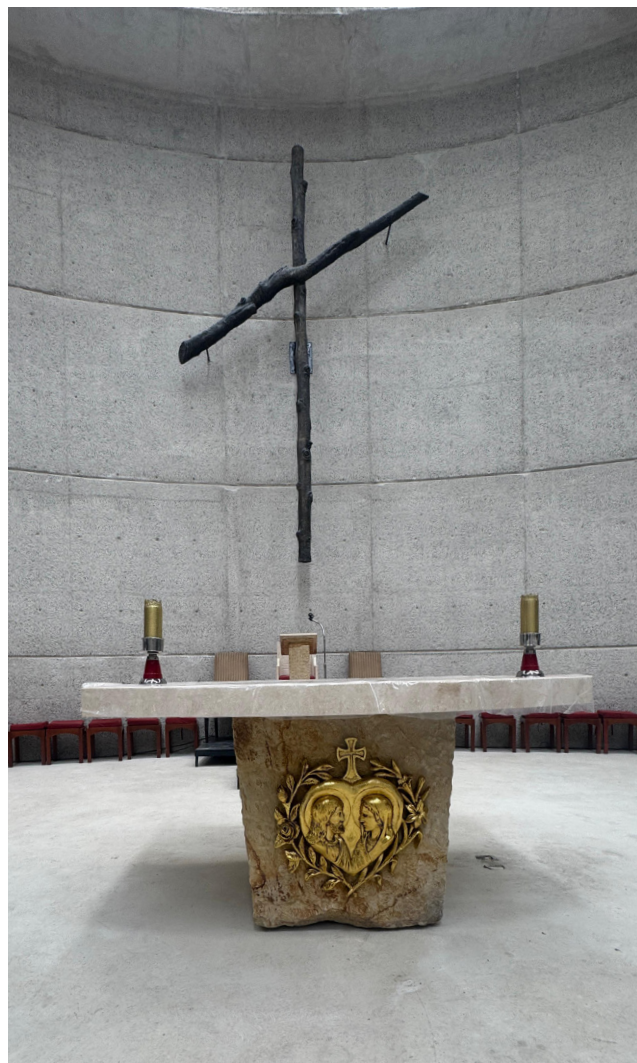
La consagración de un nuevo templo en el Mismo de Dios como centro de la fe y del culto de los creyentes es un acontecimiento que evoca las imágenes bíblicas del templo de Jerusalén y el proceso teológico de transformación hacia la sinagoga judía y la iglesia como lugar de la asamblea cristiana.

En este artículo desarrollaremos, en un primer momento, el proceso de configuración del templo a través de los libros del Pentateuco e históricos, así como una breve presentación de la crítica profética al culto. En segundo lugar, nos proyectaremos hacia el Nuevo Testamento para trazar los enfoques históricos y teológicos que nos permitan concluir con algunos elementos de apropiación para nuestra experiencia comunitaria en torno al lugar sagrado donde nos congregamos.

El extenso camino hacia la edificación del templo

El pueblo bíblico de Israel es un pueblo que contempla con deleite y orgullo su templo en el monte santo; la experiencia para el peregrino que se acercaba a la ciudad y divisaba la construcción generaba alegría y plenitud, siguiendo el Salmo 122 y con este la colección denominada “Salmos de las subidas” (120-134), que plasman por escrito la tradición comunitaria de elevar sus plegarias en comunidad y hacer memoria de las gestas salvíficas de Dios en medio de su trasegar histórico.

Pero la realidad del templo jerosolimitano se debe reconocer desde sus orígenes remotos presentada a modo de cronología, pero interpretada como una experiencia de fe, una verdad teológica.



Los lugares sagrados primitivos

Podemos pensar que la perspectiva inicial del pueblo no contemplaba la idea de edificar un lugar sagrado central; esto lo evidencian las prácticas patriarcales de edificar altares a lo largo de su caminar reconociendo la Tierra prometida antes de que el pueblo entrara en posesión de esta; el pasaje de Gn 12,7-9 señala la acción de Abraham de levantar altares como una nota de su fe en el Dios protector de su clan, acción justificada por la visión de Dios (teofanía); de ahí el nombre Bet'el, casa

de Dios. Este relato de carácter etiológico será replicado en la experiencia de Jacob al tener un sueño en el mismo lugar (Gn 28,10-19), aunque este parece desconocer el episodio de Abraham; Jacob lo denominará “casa de Dios y puerta del cielo” (v.17).

Estas narraciones muestran la práctica de altares de piedras amontonadas; pero también se evidencia la existencia de otros lugares sagrados naturales identificados con árboles como la encina de Mambré, donde Abraham fue visitado por tres personajes (Gn 18), con el efecto de la promesa divina de la concepción de Isaac. En conclusión, se constata la consagración de ciertos lugares, de preferencia altos, como lugares de la presencia de Dios, bien señalados por un altar de piedras, por un árbol sagrado, o por los dos.

En los libros de Josué y Jueces, se reconoce la presencia de santuarios primitivos, quizás tribales o locales, como Gilgal, en cercanías con Jericó, Dan, al norte, y Arad al sur; pero en el primer libro de Samuel adquiere relevancia el santuario de Siló, ya que era un lugar donde se ofrecían sacrificios y lo presidían sacerdotes, los hijos de Elí; esta nota es bastante llamativa ya que contiene dos características del culto en el templo: el sacrificio a Dios y la función sacerdotal; además, se prefigura una profecía que adquiere matices importantes para la teología neotestamentaria: “yo suscitaré para mí un sacerdote fiel que hará lo que yo quiera y cumplirá mis deseos” (1S 2,35). Tampoco se puede desconocer el motivo del arca de la alianza, que conecta con el siguiente desarrollo en época exódica.

La tienda del encuentro

El libro del Éxodo contiene gran parte de los fundamentos del pueblo de Israel: en primer lugar, el don de la Torá, otorgado en el monte Sinaí por mediación de Moisés; gracias a él, el sacerdocio, ejercido por su hermano Aarón, y el profetismo; así, en un solo personaje se con-

figuran las tres instituciones más importantes del Antiguo Testamento: Ley, culto y profecía.

Gracias a la acción redaccional sacerdotal, se pueden distinguir los grandes rasgos del culto de Israel. Son significativos los capítulos 25-31 y 35-40 del libro del Éxodo, donde se plasma toda la ornamentación del santuario en la primera sección, y su realización en la segunda. La orden de Dios al pueblo es la de hacer para él un santuario, *מִקְדָּשׁ*, donde él habitaría *וַיֵּשְׁבֵנוּ*. Este santuario debería tener toda la ornamentación precisa: el arca, la mesa para el pan de la proposición, el candelabro, un tabernáculo con cortinas y querubines, el altar de bronce, diferente a los altares primitivos de piedras, aceite para lámparas, vestiduras para los sacerdotes, incienso en su altar, etc. Estas normas meticulosas se amplían en el libro del Levítico con la clasificación de los sacrificios y ofrendas, la consagración de los sacerdotes y los detalles de sus funciones; todo en un ambiente de pureza y santidad, al nivel de la santidad de Dios, contemplados en la ley de santidad, (Lv 17-26).

Pero, es llamativo el relato de la tienda del encuentro de Ex 33,7-11, luego del relato del pecado del becerro de oro, donde Moisés retira la tienda del centro de la comunidad como señal de distanciamiento de Dios; será necesaria una nueva mediación de Moisés para solucionar la ruptura y recibir unas nuevas tablas del testimonio para lograr la renovación de la alianza. Este texto sirve de bisagra para concretar la obra tal como Dios la había mandado, Ex 39,42-43. Se cierra esta gran unidad de la perícopa del Sinaí con la posesión divina de la obra: “entonces una nube cubrió el Tabernáculo de reunión, y la gloria de YHWH llenó el Tabernáculo” (Ex 40,34).

La nube se posa sobre el templo

Las normas de los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, incluidas la celebración de la Pascual al salir de Egipto y la definición de las fiestas de peregrinación, continúa con la entrada en la Tierra Prometida por

obra de Josué, cuando instala el arca en Gilgal; pero se pierde el rastro de la tienda del encuentro hasta la mención de los santuarios locales y de Silo como lugar del Arca en época de Samuel, cuando fue robada por los filisteos y luego devuelta para ser conservada en Quiriat Yearim. Acá se entretienen dos ideologías; por una parte, el pueblo pide a Samuel un rey según las costumbres de los pueblos vecinos; esta petición daría pie a la segunda, la del templo.

Con la unción de David y la consiguiente proclamación como rey de Judá y luego de Israel, se consolidó tomando posesión de la ciudad de Jerusalén y trasladando allí el arca. Es significativo el anuncio de Dios a David por medio de Natán: ¿Tú me has de edificar una casa en la que yo more? Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he peregrinado en una tienda que me servía de santuario (2S 7,5-6); pero sería su hijo Salomón el que edificaría la casa de Dios.

El acontecimiento del templo, casa de Dios, se logró 480 años después de la salida de Egipto, según indica 1R 6,1, junto con todo lo necesario. Al llevar el Arca, la nube llenó la casa de YHWH (1R 8,10 תְּהוֹי־תִּבְתָּא אֱלֹהִים וַיִּמְלֵא). Acá se une el motivo de la nube del libro del Éxodo a la entronización del templo en época de rey Salomón.

La gloria de Dios deja el templo

Luego de la caída del reino del Norte a manos de los asirios, el rey Ezequías promovió una gran reforma en Judá, purificando el área del templo de los denominados altozanos, quizás rescoldo de santuarios primitivos, al aire libre (2R 18,4). Dos siglos después, le siguió el rey Josías en la empresa de reforma (2R 23), luego de encontrar el rollo de la ley en las arcas del templo. Pero su esfuerzo fue insuficiente, superficial, como denunció Jeremías, sin conversión de corazón; así fue el final del templo

en el 586 a.C. el profeta Ezequiel lo relata con aire poético y místico: Entonces la gloria de YHWH se elevó de sobre el umbral de la casa (Ez 10,18), se desplazó hacia oriente, a Babilonia.

Una historia que se repite

Con el edicto de Ciro el 538 a.C. parte de los deportados regresan a Jerusalén, y de la mano de Esdras y Nehemías reconstruyen nuevamente la ciudad y el templo en el 520; será Ezequiel quien vuelva a relatarlo (Ez 42,2,4): y vi que la gloria del Dios de Israel venía de oriente...entró en la casa por la puerta que daba de oriente (Ez 43,1). Cabe anotar que en la tradición bíblica no se emplea la palabra templo, el 'naos' griego, sino que siempre se hace referencia a la casa de Dios.

La historia se repite porque en época seléucida, Antíoco IV epifanes profanó y saqueó el templo en el 168 a.C.; fue Judas Macabeo quien con valentía logró recuperarlo y permanecer allí durante 9 días sin provisión de aceite para la lámpara, pero conservándose encendida milagrosamente; acá nace la fiesta de la dedicación (1 Mac 4,36-61; 2 Mac 10,1-9). A pesar de la majestuosa empresa de ampliación y embellecimiento del rey Herodes por más de 40 años, la historia de la casa de Dios culmina con la irrupción de la X legión romana bajo guía de Tito en el año 70 d.C.

Jesús y el templo en los evangelios

Los evangelios nos presentan el ambiente religioso del pueblo judío en época de Jesús en torno a la estructura cultural y sacrificial del templo. Lucas es el primero en ofrecer una panorámica de la función sacerdotal señalando a Zacarías, de la familia de Abías, con el turno de su grupo para ofrecer el incienso (1,8-9); la comunidad esperaba afuera en oración mientras dentro Zacarías recibía una revelación por medio del ángel Gabriel.

El evangelio lucano culmina con otro dato que vincula a la comunidad con el lugar sagrado, luego de la ascensión de Jesús en el monte de los olivos (Lc 24,53). Hechos no dejará esta relación comunidad/templo en la primera fase del anuncio en la ciudad santa (Hch 1,8).

Los primeros pasos religiosos en la vida de Jesús se contienen en los relatos lucanos de la infancia: luego de la circuncisión a los 8 días y el tiempo de purificación de María, fue presentado según la Ley (Ex 13,1-2); el ritual del *Bar mitzvá* a los 12 años, edad en que el niño pasaba a la edad adulta de la fe y recibía la Torá (Lc 2,42) y comenzaba su caminar para crecer “en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” (Lc 2,52). Para los sinópticos no habrá de nuevo contacto de Jesús con el templo hasta su muerte, cuando entra triunfal y con un gesto profético lo purifica; permanecerá unos días en la ciudad, enseñando antes de morir.

Ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre (Jn 4,21)

El cuarto evangelio es más descriptivo en relación con el templo, pero a la vez más controversial. Se presenta a un Jesús asiduo a las celebraciones, dibujando un esquema teológico literario. Comienza con una pascua y el reconocido relato de la “purificación del templo” (Jn 2,13-22); pero el evangelista es magistral al conectar la majestuosa estructura herodiana con la prolepsis de su muerte y resurrección: *destruyan este templo y en tres días lo levantaré* (Jn 2,19), hecho que demuestra el carácter redaccional pospascual del evangelio y que jalará la reflexión cristiana en torno al lugar y las celebraciones judías. Quizás podría ubicarse el diálogo con Nicodemo en este marco aclaratorio abriendo a la perspectiva de un nuevo nacimiento espiritual.

Este postulado se confirma a través del diálogo de Jesús en el legendario pozo de Jacob en Sicar con la mujer samaritana; la hora viene,

y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad (Jn 4,23). Este hilo conductor servirá como nuevo filtro interpretativo de las prácticas judías: la curación del paralítico de Bethesda en una fiesta y en sábado (5,1-18), como antesala del nuevo *Séder* de la pascua ¹ (c.6) celebrada en despoblado ante una multitud, pero con tintes eucarísticos y de solidaridad (a diferencia de la pascua donde debía comerse todo o quemarse, acá debe recogerse lo que sobra para que nada se pierda y coman más personas). De la misma manera asiste a la fiesta de *Sucot* ², para enfatizar la obra de Dios sobre la pasividad de recibir alimento en el desierto; además, si en el octavo día se celebraba la alegría de la Torá, Jesús exalta la inagotabilidad de la gracia de Dios en el hijo (c.7).

Los signos de referencia llevan a pensar en la liturgia y el ambiente de oración de la comunidad joánica: la escritura que cuestiona la doble vida disfrazada de autoridad; la luz del mundo sobre el ritual de la lámpara sabbática o del lugar santo; la filiación a los padres como testigos del hijo; la curación de la ceguera de nacimiento y la superación de la muerte luego de cuatro días, hechos a nadie nunca atribuidos (capítulos 8-11).

Los relatos de la pasión

Además de la propositiva estructura de Juan, el mayor énfasis de la teología del templo lo encontramos en los relatos de la pasión: Jesús entra triunfante en la ciudad, purifica el templo, debate con los ancianos dejándolos en entredicho. Esta relación concluye con el anuncio *ex eventum* de la destrucción del templo. Si la nube acompañó al pueblo en su caminar y se convirtió en signo de la presencia de Dios en la tienda y en el templo, en los evangelios será la que cubra a Jesús en la cruz, el nuevo altar de sacrificio, hasta el momento que de cumplimiento a las profecías. La trágica escena cierra con la ruptura del velo que separaba el lugar santísimo del resto del edificio (Mt 27,51).

¿Una comunidad sin templo?

Estos apuntes históricos guiados por las páginas de la Biblia, sin pretender ser exhaustivos, resaltan la importancia medular del templo como centro de la fe, de la identidad del pueblo y punto de referencia para la humanidad; por ello no es exagerado considerar el templo de Jerusalén como el ombligo del mundo; pero esta afirmación se confirma también en tantos lugares sagrados de nuestros pueblos y culturas.

En torno a la estructura se configuraron el sacerdocio y el culto, los rituales, los salmos y la liturgia, las ofrendas, el sistema sacrificial, la economía de la ciudad, la teología judía; todo un estilo de vida y de fe que asegurara el encuentro con Dios y su bendición ante las súplicas confiadas de sus fieles en peregrinación y bajo diferentes amenazas.

Si observamos las prácticas de las comunidades cristianas primitivas, hay un paso del templo a la sinagoga, y de esta a la casa, concebida por el Magisterio como "Iglesia doméstica", reflejada en los escritos paulinos; no se trata de la estructura material, sino de la familia, de la comunidad.

La carta a los Hebreos aportará esa confrontación entre la antigua y la nueva alianza, y nos abre a definir nuestra esencia eclesial templo-céntrica o Cristo-eclesiocéntrica, definida como una eclesiología del encuentro, donde Dios mismo ha decidido hacerse presente y manifestarse en un lugar sagrado, erigido por la comunidad para honrarlo, agradecerle y consagrarse a Él, *porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20), será la consigna que motive todo acto litúrgico y celebración en un lugar bello y agradable a Dios y a los hombres.

Citas

¹ El Séder de Pésaj (Pascua judía) es una comida ceremonial y ritual de la Pascua judía que conmemora la liberación de los antiguos israelitas de la esclavitud en Egipto, siguiendo un "orden" (séder) establecido.

² Sucot (o Sucot) es una fiesta judía de otoño, también conocida como la "Fiesta de los Tabernáculos" o "Fiesta de las Cabañas", que conmemora el peregrinar del pueblo judío por el desierto después de salir de Egipto y celebra la cosecha.